

## La obsesión de Garaikoetxea

(*El Correo*, 23. 03. 1998)

Para muestra, un botón. Se ha perdido la cuenta de las veces en que, de un tiempo a esta parte, el presidente de EA ha denunciado con amargura que hay “una ofensiva sin precedentes contra el nacionalismo vasco”. Más en concreto, una ofensiva que tiene por protagonistas principales a “sedicentes intelectuales que tratan de manipular el concepto del nacionalismo”. Así dijo nuestro prohombre en enero, reiteró en febrero y volverá a repetir en marzo en cuanto un micrófono o una cámara complacientes se le pongan a tiro. Y por si figurase yo entre aquellos tercios ofensores (y admito que la vanidad me pide estar en tan honesta e inteligente compañía), trataré de replicar a quien en este punto no se distingue un pelo del resto de su camada.

Ya es todo un síntoma del papel que a la reflexión se le reserva hoy en la política - democrática, no faltaba más- el que *intelectual* valga como dicitivo o epíteto vergonzante. Aquí el político no hace sino poner torpemente a su servicio la atmósfera antiintelectualista que reina en una sociedad educada cada día por la miserable cultura de masas. Sabe como nadie que, en estos tiempos de blando y falso igualitarismo, nada más útil que azuzar el resentimiento popular para lograr su asentimiento a lo que ese político le sugiere. ¿Qué se habrán pensado esos llamados intelectuales, que encima pretenden enseñarnos, por Dios, como si todas las opiniones no fueran igual de valiosas y como si alguien pudiera arrogarse superioridad alguna sobre nadie? El truco es tan viejo, que los inventores de la política comenzaron ya por distinguirla de la *demagogia* : es decir, el arte de halagar y seducir a la multitud.

Pero dos ventajas al menos ofrecen esos sedicentes intelectuales sobre los próceres nacionalistas que se dicen demócratas: una es que aquéllos se esfuerzan en ofrecer argumentos, pero éstos ni aunque les aspen; la otra es que los primeros se arriesgan a adentrarse *in partibus infidelium* , mientras que los últimos sólo predicán para convencidos. ¿Pero acaso saben lo que es un intelectual? Savater, otro de los seguros participantes en el

complot, lo definía hace unos meses como aquel que se esmera en dirigirse al intelecto de los otros; o sea, todo lo contrario que un nacionalista como el Sr. Garaikoetxea, cuyo propósito se centra en cultivar los sentimientos más primitivos de los suyos.

El caso es que, ya puestos a denunciar ofensivas, a uno se le ocurre si Garaikoetxea y compañeros mártires se han parado a pensar cuánto nos ofende a los demás las prepotentes simplezas de los nacionalistas vascos. Incluso si no hay más bien una notoria, zafia y coactiva (pues ellos, fíjense en la diferencia, *sí* pueden coaccionar) ofensiva del nacionalismo vasco contra los intelectuales vascos. Porque no nos achacan, como cabría esperar, nuestro probable desconocimiento de las múltiples dificultades con que debe lidiar el político a diario; ese es un reproche que todos, hasta el más osado de nosotros, admitiríamos sin chistar. No, nuestros fiscales sólo recurren a la injuria; y aún no entiendo cómo, por jugar con el apellido del ministro del Interior, no nos han bautizado como “las mayorettes de Oreja”, que es nombre más sonoro y provocador que el de “lacayos del PP”.

El diagnóstico, la verdad, resulta fácil de establecer. La real ofensiva del nacionalismo contra los intelectuales no sólo muestra la carencia (salvo excepciones, que uno estima en lo personal) de intelectuales nacionalistas vascos. Revela sobre todo el miedo, o sea, la conocida fobia (de *fobos*, temor) de todo irracionalismo a la inteligencia. Su clamor es el modo más recurrente que adopta su continua actitud defensiva ante el pensamiento. Porque esta es la gracia de la palabra que no se reduce a mero *blablablá* u orden de mando: que, en cuanto comienza a exponerse, su misma ley empieza enseguida a conceder la opinión mejor fundada a los unos y a quitársela a los otros.

Los nacionalistas siempre han alentado a quienes tienen por sus intelectuales domésticos o domesticados. Primero fueron los clérigos, pues nada más apropiado que la teología para apuntalar una fe nacional. Después vinieron ciertos historiadores, folkloristas, etnógrafos, antropólogos, filólogos, sociólogos; en suma, esos “científicos sociales” que, con ingenuidad o con malicia, pero por lo general acriticamente, disponen los materiales con los que el nacionalismo levanta sus programas políticos. De Unamuno para acá, en

cambio, no han soportado a quienes mostramos la pobreza de sus fundamentos o el absurdo de sus pretensiones.

Y es que seguramente ignoran la crucial distinción entre el conocimiento teórico (o sea, de lo necesario y ante lo que no cabe elección) y el práctico (o de lo libre y sujeto a deliberación). Saber el teorema de Pitágoras en nada afecta a nuestro modo de vida, pero el conocer la naturaleza de la virtud o qué sea una sociedad justa repercute en el comportamiento moral de cada cual y en la organización civil de nuestra comunidad. De manera que quien se ocupa de las cuestiones prácticas (de la Etica, Derecho, Teoría Política o Economía) está *obligado* a hacer partícipe de sus reflexiones a su sociedad; de lo contrario, no sólo se traicionaría a sí mismo y a sus conciudadanos, sino a las exigencias de su propia disciplina. Que el político cumpla, pues, lo mejor que pueda con su función, lo mismo que el intelectual debe atender tan bien como sepa a la suya. Pero ese político profesional ha de saber también que, si al final está sujeto a la voluntad de los ciudadanos, desde el principio está sometido a la autoridad intelectual de los que se afanan en pensar sobre las condiciones y fines de su actividad política.

Pues lo que nuestro demócrata parece asimismo ignorar es que, antes de regirse por la regla de la mayoría, la democracia es el régimen en el que sus decisiones vienen precedidas por una deliberación pública. La democracia se funda primero en el valor político de la palabra, que no se confunde con la negociación, y luego en el de los votos. Se trata de una palabra razonable, que ofrece razones, y no tan sólo emociones, tópicos o creencias. De ella no tienen el monopolio ni los políticos ni los intelectuales, sino que está a disposición de todos los ciudadanos interesados en lo público, que es el asunto común. En definitiva, para venir al caso, una palabra que exprese no sólo al Pueblo vasco, sino a la entera Sociedad vasca. Y en la educación para el ejercicio de esta palabra pública, sin el que no hay democracia digna de tal nombre, se diría que aquí cumplen con su deber mejor estos intelectuales que esos políticos nacionalistas.

¿Nos mandan callar? Está seguro Garaikoetxea de que, si algún día lo consiguieran, el silencio público en este País sería tan retumbante que -ya lo dijo el Señor- romperían a hablar hasta las piedras.